

llega como demasiado mortífero, la infantería se hallaba casi desarmada, y persuadidos estos soldados de que apenas tendría que hacer otra cosa que allanar los caminos, vinieron la mayor parte armados únicamente de azadones; otro inconveniente era la multitud que seguía á retaguardia de la expedición y que sólo servía de estorbo, y finalmente las mujeres que aumentaban la corrupción, relajando los lazos de la disciplina. Así debía suceder á causa de la creencia general en que se estaba, de que bastaba tomar la cruz para que se borrasen todas las culpas; la espuma de los pecadores afluyó, pues, á los campos, y las penitencias canónicas eran el único castigo aplicado á las violaciones de la disciplina. Convencidos los cruzados de la protección del cielo, descuidaban todos los recursos humanos, y después que su loca presunción se halla burlada, caían en un profundo abatimiento que llegaba hasta la apostasía.

Muy natural era que en unas expediciones emprendidas en nombre de la religión, tuviesen mucha parte en los consejos y en la dirección de las tropas los sacerdotes y los legados, y como su dictamen solía prevalecer sobre la experiencia de los caballeros, el resultado era con frecuencia funesto. De aquí nació también una intolerante repulsión para toda avenencia con los musulmanes, cuya conciliación hubiera sido muy ventajosa para llegar á consolidar la nueva colonia; también hubiese sido necesario por otra parte halagar entre los griegos aquella vanidad pueril que los hacía creerse superiores á los bárbaros de Occidente, porque conservaban los restos de una civilización decrepita.

Además, el sistema feudal llevado á Palestina, en lugar de fundar una fuerte unidad, había dado á la conquista un objeto y una dirección diferentes, hasta el punto que los que tenían una grande necesidad de permanecer unidos contra el enemigo común, hallándose divididos en intereses, se hacían á veces la guerra entre sí. Por último, ya no era el objeto único de estas expediciones armadas el de libertar á la Tierra Santa, sino en general la difusión del cristianismo. Así que, Enrique de Sajonia con una tropa de cruzados, fué á hacer la guerra á los ídólatras del Báltico, obligándoles con la espada en la mano, á recibir el bautismo, del que renegaron tan pronto como

se alejó el enemigo. Otros, llevando á la cabeza á Alfonso de Borgoña, desembarcaron en las orillas del Tajo, socorrieron á los cristianos contra los moros y se apoderaron de Lisboa. Esta división en los esfuerzos disminuyó necesariamente su eficacia.

CAPÍTULO IV

El imperio — Enrique V. — Las investiduras.

Al frente del sistema feudal se hallaban el imperio y la Iglesia: la superioridad de ésta era más ideal que efectiva. La hemos visto elevada á su colmo por Gregorio VII, quien se aplicó á sustraer el poder eclesiástico de la dependencia de los príncipes, y á reunir en la mano de los pontífices la autoridad disminuida entre los individuos del alto clero. Hemos visto también en las guerras que engendró, la ejecución del primero de estos pensamientos. De aquí resultó que el emperador se halló combatido por el papa, que quería conservar y extender sus prerogativas, y por los grandes vasallos que aspiraban á restringir las prerogativas imperiales y hacerse independientes. Bajo los Othones y los emperadores de la casa de Franconia, en lo interior consistía la política en combatir las pretensiones de los barones tanto alemanes como italianos; en lo exterior, en tranquilizar á las fronteras de la Germania, sometiendo y convirtiendo á los eslavos y á los húngaros; en robustecer el poder imperial en Roma; en conquistar las provincias griegas de Italia. Habiendo zozobrado las expediciones intentadas con este último objeto, resultó de aquí un notable debilitamiento para el poder germánico más allá de los Alpes. Luego la muerte prematura de Enrique III, la larga regencia y el medio siglo de borrascas sucesivas, dieron á los barones fuerza y osadía, é hicieron sus feudos hereditarios, usurparon los derechos de regalía, consolidaron su independencia territorial, poco diferente de la soberanía, y añadieron á su nombre el del castillo ó del país en que dominaban. Así se dividía la Alemania en pequeños estados mejor ó peor organizados. La corona imperial continuó electiva, aunque despojada de sus más ricas joyas. Los arzobispos de Maguncia, de Tréveris, de Colonia, se levantaron al nivel de los duques de Sajonia, de Baviera,

de Franconia, de Suabia, así como el conde Palatino. Los altos prelados se emanciparon de los *abogados*; los duques, de los condes palatinos; y en vez de luchar entre sí, como Othon se lo había imaginado, se dieron las manos para engrandecerse á costa del poder real.

El reino de Borgoña se extendía desde Basilea, por el territorio helvético y á lo largo del Ródano, á partir desde las montañas donde este río tiene su nacimiento hasta su embocadura; por el lado de Italia se adelantaba en el valle de Aosta hasta más arriba de Carena, y en lo demás tenía por límites las cumbres de los Alpes; su capital era Viena. Este Estado, formado por pueblos de origen y de idiomas diversos, con obispos y barones muy poderosos, no podía llegar á una unidad robusta. Cuando formó parte del imperio de Alemania en 1033, los pueblos que lo habitaban se habían acostumbrado ya á la independencia, con condes soberanos en la Provenza, en el Vienés, en el Lionés, en Borgoña y en otros puntos.

La alta nobleza, es decir, los marqueses, los duques, los condes palatinos, los landgraves y burgraves, condes y dinastas, dependían directamente del emperador. En la nobleza inferior quedaban comprendidos los hombres libres hacia tres generaciones. Se llamaba ministeriales á los que se ponían al servicio de algunos nobles de primera clase.

Mientras las guerras con los eslavos dieron importancia á la caballería, prevalecieron los nobles, porque solo ellos podían servir á caballo; en su consecuencia, exigían de los demás hombres libres de su distrito una retribución que se transformó en impuesto permanente para todo el que no llevaba las armas.

Pero cuando se hubo debilitado el poder real, el tercer Estado se sublevó también en Alemania, y Enrique IV por reconocimiento á las ciudades que le habían sido favorables en su cuestión con el papa, les concedió ciertos privilegios, declarando libres á los artesanos y negociantes, y confiriéndoles la plenitud de los derechos de ciudad. De esta manera se formaba un contrapeso al poder de los vasallos de la corona, sin que los obispos se engrandeciesen mucho, llenos de traba, como estaban, por los privilegios de las ciudades; después éstas, bajo el título de ciudades imperiales, es decir, de-

pendientes inmediatamente del jefe del imperio, se constituyeron en repúblicas.

No eran convocadas á las dietas en atención á que no se conocía, fuera de Italia, la costumbre de hacerse representar por diputados, y aunque todo ciudadano tenía derecho de intervenir en ellas, el gasto considerable de una traslación quitaba la idea del viaje. No se componía, pues, casi la asamblea sino de príncipes y grandes, por cuya razón se le daba el nombre de corte (*hofstag*).

Los que querían sustraerse á la tiranía de los barones alemanes se refugiaban en las ciudades libres, donde formaban una clase independiente del sistema feudal; pero no teniendo siquiera esta clase relaciones con el jefe del imperio, y en su consecuencia abandonada á sí misma sin intereses comunes, no adquirió la unidad y fuerza á las cuales el tercer Estado debió en Francia convertirse en una orden; la Germania no formó jamás una nación, ni el imperio un Estado, no habiendo llegado nadie á imponerles una vida y un pensamiento común.

Enrique V, que bajo el pretexto de excomunión, se había rebelado contra su padre, y había sido un terrible instrumento del castigo impuesto á las faltas de aquel príncipe, debió, cuando se encontró rey, continuar la guerra contra los feudatarios; pero el éxito de las armas no lo fué más favorable en Alemania que en Polonia y en Hungría, donde quiso sostener las pretensiones imperiales. En seguida, después de haber fingido por ambición una extremada docilidad con respecto á la Santa Sede dió principio de nuevo la lucha con él, reservándose, como por lo pasado, el derecho de dar la investidura á los prelados, y exigir de ellos el homenaje de servidumbre.

Deseando Pascual II terminar amigablemente esta escandalosa disputa (1099), se dispuso á acudir él mismo á Alemania, pero informado de la obstinación de Enrique, se dirigió hácia la Francia (1107), y convocó en Troyes un concilio, en el cual las investiduras legas fueron puestas en entredicho de nuevo. Los embajadores de Enrique declararon que un soberano no consentiría jamás que una cuestión de tal importancia fuera tratada en un territorio extranjero, y que el emperador se dirigiría á Roma.

En efecto, pasó los Alpes acompañado de treinta mil hombres, y fué acogido con honor por todas las ciudades de Lombardía, escepto Milan y Novarra. Esta última fué destruida, y el emperador, despues de haber recibido de las demas donativos y refuerzos de tropas, se adelantó hasta Sutri. Allí declaró su negativa á desistir de ninguno de los derechos ejercidos por sus predecesores, mientras que Pascual, deseando la paz á toda costa, llegó á proponer la cesion por los eclesiásticos de todos los dominios temporales, con los vasallos y castillos que habian recibido de los diezmos y tierras dadas al derecho inmoral de las investiduras.

Los pontífices colocaban separadamente en esta diferencia las ideas de ambicion, pues renunciaban á todos los bienes temporales para obtener la libertad de elecciones; pero en su celo para extirpar la cizaña, y lleno del recuerdo de la pobreza apostólica, no pensaba Pascual en la imposibilidad de despojar de sus dominios tan gran número de señores eclesiásticos, ni la oposicion que esta medida encontraria de parte de la nobleza, cuyos hijos segundos se encontrarían privados de esta manera de ricos establecimientos. No dejó Enrique escapar tan buena ocasion de hacer volver á la corona tantos feudos concedidos por los reyes á los eclesiásticos; fué, pues, firmado el acuerdo escepto la aprobacion de la Iglesia y de los príncipes del imperio.

Apenas se divulga la cosa, murmuran los nobles, y manifiestan su oposicion. Los obispos propenden á conservar los derechos que poseian, íntima el papa á Enrique renunciar á las investiduras; el emperador se niega á ello antes de que se llene la condicion estipulada. De aquí irritacion y tumultos: el pueblo descontento de los alemanes, groseros y horrachos, se subleva contra ellos y se dedica á degollarlos; la sangre corre en Roma. Entonces Enrique se apodera del papa y de los cardenales, que detiene en rehenes, y aunque herido y fuera del arzon, los arrastra fuera de la ciudad, despojados de sus ornamentos y atados; despues pone sitio delante de Roma.

Desanimado el papa despues de haber permanecido setenta dias prisionero, se determina á suscribir un privilegio por el cual se convino en que los obispos y los abades serian ele-

gidos libremente y sin simonia, pero con consentimiento del rey, que les daria la investidura con el anillo y el baculo, despues de lo cual serian consagrados.

Entonces entra Pascual en Roma, donde Enrique es consagrado por él; pero apenas hubo marchado el emperador, cuando los cardenales que no se habian adherido al acomodo, trataron de hacérselo revocar al papa; y como no quiso declarar que le habia sido arrancado por la violencia, se reunieron en el palacio de Letran y anularon lo que se habia hecho. El arzobispo de Viena (1112), pronunció la sentencia de excomunion contra el emperador.

Encuétrase, pues, Enrique envuelto en las mismas dificultades que su padre, porque los arzobispos de Maguncia y Colonia, á la cabeza de muchos prelados descontentos de su orgullo, amenazaban renovar las escenas pasadas, excitaban á los príncipes de Sajonia y hacian incursiones en las tierras imperiales para vengarse de las desolaciones ejercidas por Enrique sobre las de los confederados.

La muerte de la condesa Matilde llegó áun á complicar la situacion (1116). Esta mujer que hemos visto representar un papel importante en la querella de Gregorio VII con Enrique IV, poseia además del marquesado de Toscana y del ducado de Luca, Parma, Módena, Reggio, Ferrara, Cremona, Espoleto y otras varias ciudades; el año precedente habia colocado á Mantua bajo su dependencia, sin contar inmensos dominios. Dejó por su testamento esta espléndida herencia á la Santa Sede; pero Enrique pretendia los feudos, como debiendo volver al imperio, y los bienes alodiales en calidad de próximo pariente de la condesa.

No era fácil ilustrar la verdadera naturaleza de las posesiones que, durante varias generaciones, se habian reunido en las mismas manos, cuando los decretos imperiales habian unido á veces los feudos á los alodios, ó cuando las propiedades alodiales se habian añadido á los feudos; pero zanjando Enrique la cuestion como rey, desciende á Italia y se apodera de la herencia, amenazando ir á hacer prisionero otra vez al pontífice. Éste, en un nuevo concilio de Letran, rompe el privilegio de Sutri, confirma todo lo que se habia hecho anteriormente por sus legados, y al acercarse el emperador huyó

al Monte-Casino bajo la proteccion de los normandos.

Habiendo hecho su entrada Enrique en Roma, pide ser coronado de nuevo, lo cual se verificó; y como el papa habia hecho muchos descontentos en Roma, nombrando para prefecto de la ciudad á Pedro Leon, descendiente de judíos, una faccion sostuvo vivamente al emperador. Cuando Pascual trató despues de volver á entrar fué rechazado, y murió poco despues fuera de su silla.

Tuvo por sucesor á Gelasio II, á quien propuso Enrique renovar el privilegio del año 1111. Como remitió el negocio á la decision de un concilio, el emperador volvió á Roma, y Cencio Frangipani, jefe de la faccion imperial, renovó la escena del otro Cencio, arrastrando al pontífice por los cabellos desde la iglesia hasta su palacio. Guiado el pueblo por Pedro Leon, se le arrancó de las manos. Pero habiendo hecho Enrique que se declarara nula por jurisprudencia la eleccion de Gelasio II, hizo proclamar papa á Mauricio Bourdin, bajo el nombre de Gregorio VIII. Gelasio huyó á Francia, donde le sorprendió la muerte, y los cardenales nombraron en su lugar á Calisto II, quien celoso por la defensa de los derechos eclesiásticos, si bien más diestro que sus predecesores, negoció un acomodo con Enrique. Sin embargo, no consiguió concluirlo, y habiendo intentado el emperador apoderarse de su persona, le excomulgó con el antipapa, que fugitivo de Roma al aproximarse Calisto, fué preso, vuelto á la ciudad en medio de la mofa del pueblo y encerrado en un convento.

Calisto hizo su entrada en Roma con un fausto análogo al acrecentamiento de las riquezas de la Santa Sede. Rivalizaron en lujo las diversas naciones que ocupaban diferentes barrios de la ciudad eterna, si bien aventajaron á todos los amalfitanos, adornando las plazas y las calles con telas y colgaduras de seda, con braserillos de plata y oro, que exalaban los más exquisitos perfumers. Guillermo, duque de Pulla, y Jordan, príncipe de Cápua, llegaron á prometer al papa homenaje y fidelidad con *todo hombre*, y les invistió con el estandarte de la Iglesia. De este modo se halló rodeado de fuerzas normandas para sostener la guerra de la libertad.

Ménos asustó á Enrique esta asistencia que la excomunion, que le hacia presentir todos los infortunios experimentados por su padre. Negoció, pues, un convenio con los barones confederados, y se concluyó en Wurteburgo una paz á que siguió en breve otra con el papa. Una dieta, convocada en Worms, confirmó el concordato, por el cual, absuelto el emperador de la excomunion, renunció á investir con el anillo y el báculo, dejó á las iglesias la libertad de eleccion, y se comprometió á restituir las regalías usurpadas al estallar la guerra.

Por su parte el papa quiso que fueran elegidos en presencia del emperador los prelados de Alemania, sin violencias, ni simonia, que despues de su eleccion recibieran del emperador las regalías, ó como se diria ahora, las ventajas temporales que les conferia con el cetro, y que cumpliesen respecto de su persona los servicios que le eran debidos, á diferencia de Italia donde venia despues de la consagracion la investidura. Al mismo tiempo el primer concilio de Letran era confirmado plenamente.

Aquí termina el primer acto de la guerra de las investiduras; habia durado cuarenta años y habia sido manchado con sangre y ruines intrigas. De Calisto fué toda la gloria de este acomodo á causa del amor á la paz que acreditó de continuo; pero toda la ventaja fué del poder seglar, atendido que el emperador no cedió en ninguna de sus pretensiones y que su presencia en las elecciones le permitia ejercer en Alemania una especie de supermacía, y dirigir los sufragios á su antojo. Pero la Iglesia no aspiraba á adquirir; sólo queria quedar libre en las cosas espirituales. Posteriormente Lotario II se dejó persuadir acerca de renunciar el derecho de asistir á las elecciones, y el de decidir sobre las disputas que pudieran originarse, fué trasferido al papa. Sólo las rentas de las abadías y de los obispados vacantes eran reservadas á los príncipes, así como los espousos de los obispos y de los abades; pero tambien fueron privados de esto poco á poco.

No se esforzaron únicamente los papas en Alemania á fin de sustraerse en las elecciones de la influencia directa de los soberanos. Urbano II prohibió en el famoso concilio de Clermont todo juramento de homenaje ligado prestado á un príncipe por un eclesiástico. En

su consecuencia San Anselmo, arzobispo de Cantorbery, se lo negó á Enrique I, usurpador del trono de Inglaterra. De aquí resultó que su silla fué secuestrada y él desterrado hasta el momento en que Parcuál II puso un termino á la disputa, conviniendo con el rey en que los obispos y abades le prestaran juramento antes de su consagración, aunque sin que pudieran darles la investidura con el báculo y el anillo.

Esta ceremonia jamás habia sido usada en Francia y hasta cayó en el olvido; pero cuando fué promulgado el cánón del concilio de Clermont, los obispos normandos comprendieron toda su trascendencia, estableciendo que «ningun sacerdote pudiera figurar como hombre de un lego,» cualsi hubieran hallado inconveniente en que manos consagradas á Dios y santificadas por la unción llegaran á colocarse en manos profanas, y quizás en las de un homicida ó de un adúltero. Sin embargo los reyes se opusieron á que las prescripciones eclesiásticas tuvieran efecto, y hasta en esto fueron arregladas las cosas amigablemente.

Cuando triunfó el poder real del de los barones en Francia é Inglaterra, el clero ayudó á este cambio en el derecho público, aproximándose al trono; no fué lo mismo en Alemania, donde los obispos se mantuvieron en la categoría de grandes vasallos, que se puede decir habian llegado á verdaderos soberanos, hasta que Rodolfo de Habsburgo aseguró á perpetuidad el trono á su familia. En los reinos de Hungría y de Polonia, así como en los tres Estados de la Escandinavia, tomaron los reyes poca parte en los negocios eclesiásticos, y el húngaro Coloman renunció libremente á las investiduras.

Aunque los normandos se hicieron defensores del pontífice contra sus enemigos, se sentian poco dispuestos á cederle nada de sus derechos en lo interior de sus posesiones, y á recibir sus legados en los países que sus armas habian arrancado á los infieles y devuelto á la Iglesia. En su consecuencia, Urbano II, para aplacar á Rogel, le concedió (1098), lo que se llamó despues el tribunal de la monarquía de Sicilia, es decir, que este príncipe y sus sucesores fueron investidos con el título de legados perpétuos y hereditarios de la Santa Sede: en calidad de

tales llevaban las sandalias, el anillo, el báculo, la mitra, la dalmática, y se revestian con estos ornamentos en las solemnidades. Hasta Felipe II, las súplicas sobre negocios eclesiásticos eran dirigidas al rey con el título de *santísimo padre*. Los condes de Aversa llevaron tambien el título de príncipes de Cápua, *por la gracia de Dios*, que les habia conferido Nicolás II, hasta el momento en que el antipapa Anacleto II concedió á Roberto Guiscardo el título de rey de Sicilia, la investidura de la Pulla, de la Calabria, de Salerno, con la soberanía del ducado de Nápoles y el principado de Cápua: este fué el origen del reino de las Dos Sicilias. El papa Inocencio declaró la guerra á Roger, si bien tuvo la misma suerte que su predecesor Leon IX; hecho prisionero con muchos cardenales, celebró la paz con Roger, confirmando la investidura á condicion del homenaje al pontífice de un tributo anual de 600 monedas de oro (*schifati*). La soberanía de la Santa Sede sobre este reino hacia medio siglo, se halló así firmemente establecida.

Enrique V, príncipe ambicioso y avariento, aunque activo, astuto y disfrutando la opinion pública, sobrevivió poco al acomodo hecho con el papa. Con él se extinguió la casa de Franconia, que durante un siglo habia dominado en Alemania.

CAPÍTULO V

Tercera Cruzada.

En medio de los intereses parciales que agitaban á Europa y conducian á la conquista de las franquicias, de la nacionalidad y de la ciencia, habia un interés general que no cesaba de atraer las miradas y los pensamientos hácia Palestina: este era el objeto de las preocupaciones religiosas de todos, el campo en que peleaban y padecian deudos, amigos, compatriotas. Apenas habian abandonado la Tierra Santa Conrado III y Luis VII, recuperaron los musulmanes la ventaja; muchos príncipes sucumbieron lidiando bajo sus golpes, ó bajo el puñal de los asesinos (1152). Un ejército de ortocidas, acampado sobre el monte Olivete para recuperar á Jerusalem, fué rechazado con trabajo por los caballeros. Al mismo tiempo Nureddin, atabek de Alepo, ocupaba una á una las ciudades de Mesopotamia, y pudo al fin ganar

la orilla del mar, donde hizo devotamente sus abluciones.

Los cristianos que, reuniendo sus fuerzas, hubieran podido avasallar fácilmente toda la costa del Asia, se consumian en expediciones particulares, donde acreditaban un valor impetuoso, si bien inútil. Acostumbrados los musulmanes á considerar el resultado de una empresa como el juicio de Dios sobre su santidad, eran tan prontos á reanimarse despues de nuevas victorias, como lo hubiera sido á desalentarse despues de los primeros descalabros. Venturosamente el califa, reducido en Bagdad al papel de representante inactivo del islamismo, inspiraba pocos temores; los restos del poder que se le escapaban, eran recogidos por una porcion de emires, que llegaban en seguida á pedirle que confirmara su posesion, sin que experimentaran una negativa.

Entre este número se habia engrandecido Nureddin, hijo de Zenghi, y señor de Edeso, el que añadia de continuo nuevas adquisiciones. A semejanza de los antiguos héroes mahometanos, juntaba al valor la abnegacion personal y un extremado fervor en la oracion. Favorecía las letras en su córte, y mantenía una disciplina severa entre sus soldados, hácia quienes acreditaba particular esmero, como tambien respecto de sus familias; pero no permitía que adquirieran tierras, debiendo ser su campo la patria.

Su palacio no resplandecía con seda y oro; no tenia en el país vino, y no señalaba para el sostenimiento de la mesa más que la porcion legal del botin hecho al enemigo. Habiéndole pedido la sultana favorita cierto dia una joya, la respondió: *Temo á Dios y no soy más que tesorero de los musulmanes. Sin embargo, me quedan en Hems tres tiendas, haz de ellas lo que gustes; no puedo darte otra cosa.*

Hábil legista, discutía personalmente en las cuestiones contenciosas, y fué el primero que introdujo un tribunal de justicia, donde reemplazó al tormento la prueba por testigos. Algunos años despues de su muerte, un musulman, á quien se le negaba justicia, se puso á gritar por las calles; *Nureddin, Nureddin, ¿dónde estás? ¿por qué no vienes en ayuda de tu pueblo?* E inmediatamente se admitió su demanda con el temor de que produjera un levantamiento el sólo nombre del emir difunto.

Hizo con sus propias manos un púlpito que se proponía colocar en Jerusalem. Por lo demas, su celo religioso le hacia perseguir á los disidentes, ya se tratara de Alidas, de asesinos ó de sofistas; no hay, pues, por qué extrañar que hiciera tantos milagros.

Habian encontrado los musulmanes un adversario valiente, y algunas veces venturoso, en Balduino III, que llegó hasta expulsarles de Ascalon, donde se habian mantenido siempre. (1153). Achacándole Nureddin á la negligencia del príncipe de Damasco, invadió sus estados que hasta entonces habian pagado tributo á Jerusalem y le servian de barrera contra el enemigo, y estableció en esta ciudad su residencia. De aquí resultaron sangrientos combates, y habiendo muerto envenenado el rey de los cristianos en el concurso de la guerra, Nureddin respondió á los que le exortaban á que se aprovechase de aquella circunstancia para atacar á los francos: *Nunca se dirá que he perturbado el dolor de un pueblo que llora con razon á tan buen rey, ni que he atacado á un reino, del cual ya no tengo que temer nada.*

A Balduino sucedió su hermano Amalrico, conde de Jafa y de Ascalon, á quien odiaba el pueblo por su avaricia, y que no se mostraba más hábil en administrar que en hacer justicia.

No difirió un sólo momento su marcha sobre Egipto, para obligarle á pagar el tributo estipulado de treinta mil monedas de oro, aprovechándose de las disensiones [que eran para el país una causa de debilitamiento. Poco más ó ménos los califas del Cairo se hallaban reducidos como los de Bagdad á los ejercicios del culto, y abandonaban el poder verdadero á sus visires ó soldanes. Entonces se lo disputaban dos de ellos. Schaver, uno de los competidores, reclamó la asistencia de Nureddin, quien le envió su emir Schirkou, cuyo brazo le hizo recuperar su puesto. Pero como se negara á darle, segun las estipulaciones, la tercera parte de las rentas, le declaró Nureddin la guerra, así como á Amalrico, que se habia declarado por su causa. El atabek, que conocia la riqueza de Egipto, habia concebido la esperanza de convertirlo en presa suya; en consecuencia envió un comisionado al califa Sunnita de Bagdad, pidiéndole permiso para marchar contra el odioso Fatimita. Inmediatamente se mandó á los imanes que